

chando más los silencios entre las palabras que las palabras mismas. Esto es lo que debe hacer un buen lector frente a un texto literario.

—*El protagonista de Amador o la narración de un hombre afortunado (1996) se singulariza poderosamente entre el conjunto de tus figuras a partir de la asunción de una óptica de radical optimismo que se impone sobre el mundo que rodea al personaje. Teniendo en cuenta las características del resto de tu obra, me parece todo un reto. ¿Cómo lo abordaste?*

—Amador es mi personaje más simpático, sin la menor duda. No fue un reto: en ese momento yo me sentía así vitalmente, y tenía ganas de reírme de mí mismo y de los demás. Había estado con una novela durísima —*El secreto de los dioses*, mi preferida—, y me apetecía crear algo completamente diferente. Me preocupaba mucho el punto de vista, y en *Amador* lo elaboré a conciencia, para mantener desde él una relación irónica con el lector de la que éste pudiera disfrutar mucho. No fue fácil escribir esta obra. Había en ella algo de experimento literario, en la medida en que quería hacer una narración en la que las cosas aparecieran como en un bajorrelieve: una novela en la que, a través de la mentira, se viese todo el tiempo la verdad.

—*El diablo en los ojos (1998) plantea un interrogante ético encarnado en Leo Salgado, cazador furtivo de imágenes y adicto al vídeo: «Igual era imperdonable registrar la vida como él lo hacía, pero por otra parte era evidente que, con cámara o sin ella, estábamos filmando siempre. [...] De acuerdo que otros sólo filmaban con los ojos, pero ¿era verdaderamente sustancial el hecho de utilizar, además de los ojos, una cámara que registrara lo que esos ojos veían?» (Pp. 50-51). ¿Qué respuesta da a este interrogante Jesús Ferrero?*

—Creo que no es sustancial: estamos siempre filmando, construyendo una película cerebral. El hecho de que este personaje registre lo que ve con un vídeo no añade demasiado; lo que es más importante es la selección y la utilización posterior de las imágenes. Leo, en un momento determinado, comete una impiedad: interviene peligrosamente en la realidad al intentar convertir un hecho monstruoso en parte integrante de su película. Nunca llega a superar esa contradicción y, al final, convertido en víctima de su propia osadía, está buscando la muerte. Es un artista adolescente, tiene algo de poeta profundamente impío y algo de personaje extinto.

—*Tu última novela publicada, Juanelo o el hombre nuevo (2000), recrea el mito del hombre artificial, trasladando la ficción al Toledo del siglo XVI para plantear una original versión de un tema de gran actualidad sobre el que proyectas una visión muy pesimista.*

—No es pesimismo: la novela tiene un planteamiento trágico que fue surgiendo en el transcurso de su creación. En contra de lo que se ha dicho con demasiada frecuencia, lo que abordo no es el problema de la inteligencia artificial sino el de la conciencia. Juanelo es una conciencia artificial —algo mucho más vertiginoso—, tiene sentido moral de las cosas, eso es lo que lo hace interesante. Y lo que hace paradójica la novela —la literatura, al fin y al cabo, está ahí para crear paradojas y para hacer preguntas— es que la suya es una conciencia más pura que la de los que le rodean. Al final, la obra se convierte en una fábula de la diferencia.

—*Tu última obra, El bosque infinito (2001), ha sido concebida exclusivamente para Internet, medio a través del que la has ido difundiendo por entregas. Cuéntanos algo de esta nueva experiencia, una recreación cibernética del tema del viaje, que tanto te ha interesado a lo largo de tu carrera.*

—Es un viaje en relación con el mismo ordenador, para que el lector pueda integrarse más en la narración. Fue una creación muy feliz y relativamente rápida, porque cuando me propusieron escribir un relato para Internet ya lo tenía bastante pensado. La novela que me estoy planteando ahora es también digital. Pienso que este soporte tiene un gran futuro y permitirá crear una literatura diferente, más próxima a la poesía que a la narración.

—*Otro tema importante en tu narrativa es el amor, actualizado en versiones distintas pero siempre con un fuerte componente de destrucción, de transgresión, de peligro. ¿Qué hay en ello de cosmovisión personal y qué de apuesta literaria?*

—Me interesa indagar literariamente por ese camino porque ahí está uno de los secretos de la naturaleza humana, pero no hay ninguna pretensión ni de ser transgresor ni de dejar de serlo. Habría que comenzar por definir el término transgresión: toda esa retórica que vino del surrealismo y de un freudianismo concebido en términos delirantes y superficiales no tiene ningún sentido. El universo amoroso es un espacio privilegiado para acercarse al ser humano, pero al mismo tiempo es enormemente conflictivo, por muchas razones. Siempre va a ser un territorio arriesgado —más allá

o más acá de las presuntas transgresiones—, por eso está lleno de reglas, entre ellas las de la sexualidad. Muchísimas veces la transgresión no deja de ser algo absolutamente codificado: pacotilla cultural, mejor o peor llevada, puro teatro de la intimidad.

—*¿De dónde surge tu interés por el tema de la locura?*

—Me interesan los límites de la conciencia. Sabemos que hacia abajo hay un límite —el inconsciente—, pero ¿es el único? ¿Qué es la conciencia? ¿Cuál es su verdadero territorio? ¿Por qué nos volvemos locos? ¿Qué es exactamente la locura? En mis novelas aparecen diversos acercamientos a esta temática porque son preguntas que me planteo y que todavía no tienen respuesta.

—*Tus personajes masculinos componen, en buena medida, una galería de perdedores de evidente pedigrí libresco. ¿Por qué resulta el fracaso más literario que el éxito?*

—Yo no veo la vida en esos términos. Borges decía que detrás de todo gran triunfo se oculta un profundo fracaso, y viceversa. Quizá el fracaso resulte más verdadero por el simple hecho de que la vida desemboca en la muerte. Por otro lado, puede haber más verdad en él porque el mundo de los triunfadores es injusto, repugnante y está lleno de trampas. La visión de la realidad de un triunfador es muchísimo menos interesante que la que puede tener, no ya un fracasado, sino una persona con un cierto sentido de lo que supone el hecho de estar vivo. En ésta última percibimos mucha más verdad. Mis personajes masculinos componen una galería de perdedores sólo hasta cierto punto: no creo que Amador lo sea, ni tampoco Darío Dolfos.

—*Si alguien te dijera que tus figuras femeninas tienen menos fuerza que las masculinas, ¿qué le responderías?*

—Que no es así. Hay un cierto equilibrio, pero creo que si colocara todos mis personajes en una balanza, probablemente pesarían más los femeninos.

—*¿Qué personaje te resulta más querido, y por qué?*

—Amador, porque es un gran destilador de la experiencia: de todas sabe sacar lo mejor. Al final, es un hombre profundamente feliz, con su quiosco